

Mayra Cebreros Martínez

Así nomás porque sí



Ediciones Soy Nako y Que

Mayra Cebreros Martínez

Así nomás porque sí



Ediciones Soy Nako y Que

Presentación

Así nomás porque sí

Por Ismael A. Colmenares Maguregui. (Maylo)

Geometría de historias. Las palabras escritas por Mayra transitan a distintos escenarios, abre la ventana del espejo, denuncia la impunidad de nuestra sociedad patriarcal, desdobra con la filosofía del humor a la persona y el personaje; enfrenta la pertinaz lluvia, le cautiva la pasión de recuerdos peregrinos. Vive en otras y en ella. Sus narraciones son fascinantes, te cuestionan o subliman, te atrapan, y te acompañan... así... nomas porque si.

Maylo

Así... nomas porque si.

Carta de presentación

Toda mi vida he sido acelerada y ando por el mundo tropezando con piedras, personas, animales y cosas.

Me contaba mi madre que nací de noche, apresurada, rasgando media hora de un día 13, señal inequívoca de que ya me venía tropezando aun antes de llegar.

Es más, creo que necesito un trasplante de coordinación motriz y de neuronas: ¡me he caído tanto! Mis tobillos me odian.

Nací con instrucciones, lo juro, pero las perdí.

Debería fijarme más en lo que hay delante mío y a mi alrededor, ser menos emocional, apresurada, vehemente, dice alguien por ahí. Pero, contra defectos y virtudes diferentes, tengo una enorme capacidad para no hacer caso a recomendaciones; eso me convirtió en consultora de drama, domadora de días difíciles y remadora de tormentas interiores.

Me pienso con un voto razonado a indicaciones de tome su camino por la diestra y les confieso: soy siniestra; leo Momo y nado como salmón en este río de la urbanidad... tengo salvación... nif.

Historias de infancia

Braudel decía: “Existen siglos cortos y siglos largos”. Parafraseando lo anterior, encuentro que existen caídas rápidas y dolores largos. “Caminante no hay caminos, sino hoyos en la ciudad...” La topografía de México es tan desigual como la diferencia entre la lista de Forbes y los millones de pobres en el país; por lo tanto, la posibilidad de caerse es casi de un 80%. Cuando eres peatón o llanero de fut, es incluso más grande.

De niña me caí varias veces, pero hubo una que fue de antología, les cuento:

Tenía 10 años de edad, mis padres se habían separado un año atrás y por tal motivo nos mudamos a la casa de los abuelos.

Mi mamá Lupita (la abuela) se hacía cargo de nosotros, mi mamá trabajaba todo el día.

Fui una niña solitaria, la relación más intensa fue con mi hermano: jugamos, nos cuidamos y protegimos. Fuera de eso, era retraída, parecía ausente, el futuro era incierto...

Por aquel entonces, mis tíos se reunían los viernes en casa de los abuelos; era un día especial, de fiesta y alboroto. Todos hablaban al mismo tiempo: contaban anécdotas con gran vehemencia y pasión. Había abundante y deliciosa comida. Eran alucinantes, divertidos y felices.

De mis tíos, tres eran mis consentidos. Les ofrecí una particularidad maravillosa: los adopté como papás, a cada uno de manera diferente, para mí sola y enterita. El más joven tenía una gran nobleza, otro era cálido y cariñoso y el tercero analítico e intenso; ellos me hacían sentir confiada y protegida. Era increíble cómo la ausencia de mi padre podía darme a cambio estos seres maravillosos que me arropaban con cariño.

Me sentaba en una de las esquinas de la mesa: me gustaba mirarlos y oírlos platicar (se carcajaban, discutían, se notaba que se querían). Recuerdo lo maravilloso que podían ser algunos momentos a pesar de lo difícil de la vida, como decía mi mamá.

El más cariñoso y expresivo de ellos nos hacía reír siempre, pero era mandón: “tráeme un refresco, unos cigarros, ve por esto y aquello”.

Ese viernes especial e inolvidable, mi querido tío me pidió que le trajera unos cigarros de la tienda y aunque era noche, eso no constituía ningún obstáculo. Por ese entonces las calles se sentían seguras, todos los vecinos nos conocíamos y existía un ambiente de hermandad, de barrio y solidaridad. El único inconveniente es que estaban arreglando la calle: parecía zona de guerra. Hoyos donde quiera y montañas de tierra que nos servían para jugar con los amigos.

Me dirigí decidida a la tienda, iba enojada y tenía mucho sueño; todos los que me conocían sabían que me quedaba fácilmente dormida. Para ahorrarme una vuelta “inmensa”, llegar a mi destino y hacer la compra, seguí derecho atravesando todo tipo de obstáculos: piedras, tierra, hoyos. En eso estaba cuando todo se nubló: la tierra me absorbía, me chupaba, como si alguien me jalara a un lugar profundo, extraño y desconocido. En la cabeza sentí algo seco y frío; los ojos me daban vuelta sin poder controlarlos: vi algo rojo y profuso, una serie de luces intermitentes y brillantes; sentí calma y una paz inexplicable, todo se silenció: el bullicio de niños jugando, de vecinos platicando, todo se volvió negro, vacío. En ese instante me desprendí, viajaba en mi cuerpo y estaba dentro: el cerebro trabajaba agitado, el corazón palpitaba intensamente, la sangre fluía con gran fuerza. Llegué a los pulmones y sentí lo fresco del líquido espinal. Vi arterias y venas;

mi cuerpo inmóvil era como un sol atrapando en partículas de agua en suspensión, donde todo se veía brillante. Me convertí en arcoíris. La sensación era tan placentera que me hubiera gustado que fuera eterna; de pronto llegué a mis ojos, los vi mirándome, vi el iris, la córnea, el cristalino y las pupilas dilatadas.

No sé cuánto tiempo pasó, pero ya estaba de vuelta. Veía sombras a mi alrededor que me sofocaban: mi mamá lloraba, mi tío gritaba y se agitaba. Todo lo capturé en cámara lenta, las voces se oían lejanas y las luces de la calle deslumbraban, eran grotescas.

Ya recuperada, me enteré que cuando iba a la tienda caí en un hoyo, me abrí la ceja izquierda y tenía sangre en la cara. Mamá, al no encontrarme, estaba al borde de un ataque y al verme en tal estado, ya se imaginarán.

Después del gran revuelo que causé, del movimiento vecinal y la búsqueda por mi “desaparición incomprensible”, mi hermano me encontró postrada e inconsciente en ese hoyo... Aquel lejano viernes me enseñó que en los momentos complicados de mi vida cierro los ojos, los aprieto fuerte, me sumerjo y recupero ese instante de calma; me transporto, me alejo y ese hoyo vuelve a ser mi paz interna.

Como un simio de feria

Sí, allí estaba... era una humedad, una segunda piel que me arrastraba lento... una nube; era descubrirme a lo lejos, con ese cuerpo que iba perdiéndome; que iba ganándome hasta irrumpir en otra vida: un nuevo paisaje; irreconocible, sí, pero también memorizado, colérico, como un mundo al que retornamos después de un largo viaje, de una ausencia que nos descubre algo vital pero hostil: una aprehensión fascinante. No, nada ha cambiado. Estoy de vuelta y, sin embargo, casi no puedo reconocerme: tan distante, húmeda y desnuda, retando al silencio con el propio silencio; inmóvil, con las ganas en los dientes y la rabia en las costillas. Bendiciendo ser mujer, maldiciendo no ser hombre. Postergados los tributos obligados de la sangre. ¡Sí, allí estaba! Pensar que estaba segura de mi infertilidad. ¡Bah! Mujer inválida y, sin embargo, la diosa de la fertilidad se posó sobre mi ritmo un día séptimo, con cara de delicias y de orgasmo... mi cuerpo se abrió. Dejé de pertenecerme; ahora estaba habitada por un nosotros, por un secreto egoísta. Lo sé, la revelación maternal me desbordaba: era una mujer completa. Pensé que jamás volvería a estar sola y de pronto me vi envuelta en una bata, allí: junto a una camilla, cubierta con una sábana que apenas lograba disimular a las mujeres que habían sido suyas; las cientos de mujeres que dejaban de serlo justo con las piernas colgando en los estribos metálicos; las miles de mujeres inermes, con su sexo hurgado por una cucharilla ilegal, por un médico ilegal, por un embarazo ilegal. Quizá ser mujer fuera ilegal, y me vi junto a la camilla con los pantalones en los pies, como un simio de feria.

Yo deseaba verte como un roble, como un río de hombres y mujeres sedientos, pero las ganas se estrellan contra tu oficio de

sangre: pavor clandestino, minero de entrañas, un ángel ciego.

Un error, un azar de espermas y óvulo irrumpió del vacío y te viste preso en mi vientre, indiferente a cualquier voluntad extranjera: abandonado, magnífico. Tú estás decidido a crecer, a hinchar mi silueta. ¡Luchas por nacer! ¿Qué hago entonces en este lugar? ¿Por qué ese olor a cloroformo? ¿Por qué usurpar tu voluntad? ¿Tu lucha es contra mí? ¿Somos enemigos? ¿Quién es nuestro enemigo? ¿Esta nebulosa clandestina? ¿Las guillotinas de legra desatando cadáveres viscosos? Féretros de alcohol y gasa, y te vi entonces horrorizado en mis pupilas y me quise dar cuenta que un hijo no era sólo una sonrisa, una gritería multiplicada en el parque. De que su ausencia no sería tan solo una cuna deshabitada, un paisaje de pañales resecos, biberones con leche podrida. Y sin embargo era eso.

Supe que no se trataba de colmar mis vacíos con un hijo, que no era algo mío, ni mi realización; que no ataría a nadie con algo tan enorme. Y sin embargo deseaba un hijo: poseerlo. Y lo veía crecer y lo arrullaba y lo creía risueño, lunático, hermoso. ¡Ah! Pero el inconsciente sobre mi piel me guía con sueños de monstruos que crecen en mi vientre y me devoran. Con un odio a mi rechazo, más con la certidumbre de que lo realmente monstruoso es tener hijos para hacer de ellos títeres de la frustración propia. Y yo tan llagada. Supe que el mundo clavaría sus dedos en mi carne, que una madre soltera se cotiza menos en este mercado. Supe que mi hijo quizá aprendería a odiarme. ¿Pero no acaso te sacudía y te gritaba? Quería oírte hablar para entonces estar segura de que aquello era un homicidio. Te asías a mis entrañas. ¡No! No te quiero dejar ir, ¡no te quiero dejar ir! Lo que en el camino dejo no son los rastros de tu muerte. Quien se ha rezagado soy yo. Tu inaudita presencia, tu océano amniótico eran mi celda

interna. Y de ahí observé aterrada cómo era yo; quería ir contigo y me descubrí dispuesta a echarte, declarando, convicta, las razones de tu ausencia.

Me vi pensando en mi muerte o dicha, en mis deseos y momentos históricos: que si era egoísta o no creer que el mundo necesita de mi bebé, cuando miles de ojitos estallan en la agonía y el rechazo. Sin saber si quería estar sola por ti o a pesar tuyo. Sin lograr decidirme a trocar tu futuro por el mío. Y por fin repudio mis cadenas que eras tú, y repudio mi primera cadena, los primeros hilos con que te haría títere de mis propios fracasos.

Tú eres menos que un guiñapo sanguinolento, tal vez un muerto solar, pero esa celda interna aún me observa, como el ruido de una quemadura en la tormenta de mi cuerpo.

La persona del personaje.

El personaje trabaja en algo aparentemente interesante, incluso con alguna dosis de fama y prestigio social.

La persona se ahoga cada día para llegar a todo, quejosa, agotada, gritando.

El personaje sabe qué hacer, qué decir, referenciar con solvencia, atemperar.

La persona es mala para las cuentas sobre todo para rendirlas, y a veces tiene el pecho convulso sin poder explicarlo.

El personaje mantiene una imagen de cierta impecabilidad, atenta a las tendencias, trata de no cometer errores porque la policía estética y ética la pueden cuestionar.

La persona es la oveja sin lana de la familia, es el genérico del esperma ganador. Es una activista desactivada.

El personaje muestra una existencia con redes de apoyos, afectos seguros, amplios, nutritivos y protectores.

La persona se siente muchas veces una marciana en un planeta incomprensible y no entiende el mundo. Es tan distraída que hasta los sentimientos encontrados los tiene perdidos.

El personaje hace, hace, hace. Y lo demuestra.

La persona deshace, deshace, deshace y le importa un carajo no ser perfecta.

El personaje mantiene ciertas dosis de seducción y pose.

La persona es su propia terrorista cuando se da en la torre. Se crea y se destruye, pero pocas veces se transforma.

El personaje habla. Mucho.
La persona siente. Más.

Y ahí andamos, acomodando a ambas. Tratando de que se quieran y se respeten.

Con las cuatro manos abiertas a la verdad de otros.

Noche fría de domingo

Maylo, como siempre, está cerca de mi vida. Cumplimos 36 años juntos. ¿El amor es esto que nace tan de nada? Ni siquiera recuerdo bien qué nos unió de esta manera, ni si fue al mismo tiempo, o fueron nuestras diferencias las que terminaron por acercarnos. Quién lo sabe. Hace poco terminé de leer una novela que me regaló, la recuerdo perfectamente. De repente uno de los personajes era como esa parte mía que me da miedo, la que habla mucho, con torpeza, sin pausa, que no quiere perder el tiempo y prefiere arrepentirse de lo hecho, no de lo que no hizo; pero lo más temible, lo que me tomó por sorpresa y no hubo primavera que me consolara, fue reconocerme en el rostro de un detective, tan sin palabras, siempre en el umbral, con los sentimientos ahogados, de pie, sin mirar atrás. Y luego, como si todo esto fuera poco, ahí está Maylo correspondiéndome con este amor que alcanza para compartirse y me pone frente a un hombre que me hubiera bastado con leerlo. Gozo suficiente. Pero con tan buen tino que el hombre, el admirado, se convierte en alguien que se interesa en mí, me procura y está ahí, consciente, jugando to-

dos esos pasos que dos desconocidos intercalan para conocerse: muestras de fe, de gustos, de fobias; las partes más luminosas y las estrategias del que cubre la zaga.

El teléfono suena, hay gente buscándonos. Maylo quisiera verme más feliz, pero yo voy lenta. No puedo apresurarme. El cielo se extiende con una luz inmensa, todo aquí es avasallador. Yo soy extravertida pero huraña, necesito confianza, gestos que respondan a los míos. Resulta que me vine a vivir con el hombre, al que he adorado durante años y al que solo le vi virtudes. Ahora sé que ronca y tuve que acostumbrarme a sus formas de amar.

La vida va cambiando, no sé cuánto... He dejado atrás sentimientos, conversaciones, voces, olores, sueños, cantidad de cosas trucas. Puedo decir que hoy por la mañana caminaba y sentí una emoción familiar, medio ingenua, medio despreocupada. Como si la vida empezara ahí, en una mañana sin fantasmas... tantos están. Está mi familia; los amigos; están los ausentes, los nombres que ya no encuentro. Extraño los domingos de reuniones. No me quejo, me corté el pelo, vuelvo a la cocina, comienzo a escuchar música. Me espera la segunda novela de Carmen Mola. Una larga lectura. Me espera Maylo, instalado a placer. Divertidísimo como siempre, un poco ansioso de que estos tiempos raros acaben.

En fin, vivir aquí donde todo pasa tan vertiginosamente que temo que mi alma alcance a mi cuerpo.

Lienzo imprescindible

Evoco mi calle del alma...por donde jugamos, reímos, nos escapamos; calle húmeda, plena de melancolía...

Ahora con los años renacen las palabras, recupero los misterios, las lágrimas son brisa que refresca, asalto recuerdos, somos los mismos pero distintos, el allá y acá es igual. En esa calle y en la casa de retorno uno, número doce, viví años maravillosos.

Esa jovencita de cabello lacio que fui y que se mira en el espejo, se pregunta: ¿soy lo que he querido?

Y me salta de pronto la agrupación que hizo nuestra vida mas alegre, más llena, menos desértica.

En plena adolescencia llegó a mi vida la oportunidad de pertenecer a un grupo de teatro de nombre Picamosco.

German Butze, fue el creador de una historieta llamada, Los Supersabios, Picamosco era la ciudad donde radicaban, sus personajes abrieron mundos desconocidos y fantásticos.

De ahí surge el nombre de ese gran club de barrio formado por mis tíos. Allí muchos jóvenes tuvimos la oportunidad de enterarnos qué sucedía alrededor, sentimos la gratificación instantánea de encontramos en la mirada de otros, un reflejo esperanzador de nuestra propia humanidad; la creatividad y talento quedaron expuestos, el sentido del humor, la riqueza del cariño, la imaginación prodigiosa, vimos atardeceres únicos, esquivamos tormentas y seguro el guapo nos salvó a muchas del naufragio... nos sentíamos libres para decir lo que se nos venía en gana sin temor a quedar expuestas. Sin defendernos. Encontramos un espacio donde la confianza lo permitía casi todo, porque todo, lo que se dice todo, no se lo cuenta uno ni a sí misma.

Ahora sé que ausencia no es olvido, tejer en el lienzo lo im-

prescindible es presencia que sintetiza los colores de esa vida que vivimos, que heredamos en palabras y que bordamos en el camino de cada encuentro.

Por cierto, creo que no le debo nada a la muchachita del otro lado del espejo. Ella y yo hemos sido, en ocasiones, intensamente plenas.

Desde ti.

El arte de reconocerte, así sea sólo por este medio, es un arte de amar, qué duda cabe. Así que inventé esta nueva forma de amor, por ejemplo, la conversación espontánea con la amiga-amiga, hija-amiga, mamá-hija que seguimos siendo, luego de todo, a pesar de todo y gracias a todo o a lo poco que, en serio, hemos podido conversar de amiga a amiga. Como que el amor es muy metiche, ¿no?, porque cuando conversamos de viva voz (con toda la atención que somos capaces de prodigarnos la una a la otra) el amor no puede dejar de pasar entre nosotras.

Entonces caigo en la cuenta que pensar es un pasatiempo, sentir un placer. Y cuando piensas y sientes simultáneamente se siente tan chido como si uno pensara para siempre. Por decir lo más, yo te pienso y te siento al unísono, y si las palabras fluyen cuando escribo es porque sólo parece escritura lo que en realidad es emoción verbalizada, pensamiento de ti.

Hija hermosa, me abro de ti para ti y desde ti... a cada tanto esculco para ver si acaso, ya no con aquella esperanza de saberte y amarte desde aquí, desde este ser que, a veces, no sabe cómo amarte, y no lastimarte, y luego me miro bajo la gracia con la que

se ve uno al espejo para encontrarse a la mujer de siempre: yo.

Y mira, ve lo que eres, la gracia y ganas con que vives, lo superior que, por fortuna, eres.

Y te veo completa en cada palabra y en cada sombra de cada palabra, con tu alma grande y maravillosa.

Me doy cuenta una vez más: Te amo, así nomás, sin advertirlo, citándote de memoria.

Otro lugar, otro tiempo.

1

En sus ojos llueven lágrimas, recuerdos, tempestades, ventolera de risa entre los dientes; no es la voz de la locura todavía, ni siquiera su murmullo mercurial: son visiones, latidos, la amenaza o el ataque de un poema en su cabeza.

¿Para qué disfrazar el mundo humano con una belleza que raras veces tiene? Hay que desnudarlo, exhibirlo, denunciarlo con toda la fuerza de la inteligencia hasta hacerlo sentir vergüenza de sí mismo.

Bienvenidos a su alma turbulenta y amada.

Sus ideas están desordenadas, me habla lo que se le ocurre. Piensa, toma aire y continúa. Tiene en la mano su fresco diatéctico y esa sensación, casi se puede oler y paladear el aroma del aire, fluye por todas las tuberías, atravesando el concreto, para salir del drenaje, hasta penetrar la nariz...

Se vuelve rebuscada, o lo hace a propósito porque duele, es tan difícil hablar a sabiendas de que, para muchos, se vive una época agotada de la que no se espera nada.

Poco a poco va abriendo su vida, la miro de forma completa, humana, sin sentimiento de lástima; en cada afirmación trato de entender lo que es, lo que ha sido; comprender las partes que ofrece y relata. Qué bueno permitirse hablar a ciegas, de cuerpo y espíritu presentes.

2

Creció en una familia disfuncional como cualquier otra. Su hermano y ella vivieron los primeros nueve años en un mundo lleno de violencia familiar, con un padre golpeador y misógino. Por fortuna se tenían el uno al otro. Él fue fundamental en su niñez: escapaban juntos, se protegían, fue su compañero de juegos, un refugio.

Desde los doce años adquirió una madurez impuesta a punta de marrazos, se volvió obscena. Obscena en el mejor sentido de la palabra: transgresora. Sentirse jodida en un lugar y tiempo confuso no significa que lo estés, simplemente gana la impotencia, el amor y orgullo propios.

A muchas chavas no les dijeron nada, crecieron así nomas; había sido llamadas a vivir su cuerpo sin restricciones, y de pronto se halló adolescente y llegó la regla, ese azote, ese estigma.

¿No había que bañarse cuando tenías la regla? ¿No tenía que ver con el aparato digestivo? ¿Qué no es peligroso? ¿Contagioso?

3

Le siguió una de las etapas más bellas de su vida: de los trece a los diecisiete años formó parte de un grupo de música latinoamericana, una época rica, llena de experiencia y diversión, como

tendría que ser la de cualquier joven a esa edad, abierta al mundo, queriendo romper todo.

Gozó de su primer gran amor poco antes de cumplir los quince. Un joven, que conoció desde pequeña, hizo que sus manos temblaran, que sus estómago se hiciera chiquito y, más aún, vivió unos fajes increíbles. No se acostó con él no porque no quisiera, sino porque él era demasiado buey y ella primeriza, no sabían ni cómo hacerlo.

4

Cuando llegó al mundo la división ya estaba hecha: algunas chavas eran las buenas, las que “se dan a respetar”. Las otras eran las locas, las “que se ofrecen”.

¿Cuál era el límite entre las buenas y las otras?

Un desliz, un descuido o algo que te marca, te mancha, te ensucia. Entonces qué quería ser, ¿buena o loca?

De pronto, qué era eso exactamente de que la “poseyó”, o se «entregó» o, la peor de todas, «la hizo suya», frases con las que se cerraba un capítulo, un episodio trágico, porque las chavas quedaban tan deshonradas, tan embarazadas o tan arrepentidas que...

La educación sentimental era inevitable, la sexual escasa y la amorosa ya podrán imaginar.

¿Cómo decirles? Me permito sospechar que los arrebatos de la pasión, esa cosa químicamente pura del amor que no podía nombrar o que aprendió apenas a nombrar, ha de darle libertad de ponerle nombre.

Imaginen interpretando la libertad sexual como: “cada quien hace lo que quiere”, cuando el hecho de tener una relación sexual

significaba “perder algo” o ser desvalorizada.

La sexualidad era algo accidental, algo “que vivirías algún día”. Algo propio de la circunstancia matrimonial.

5

Después de año y medio la relación con su primer novio terminó o, mejor dicho, él la mandó a la chingada. Solo dijo: ya no te quiero. Su autoestima y orgullo se vieron seriamente dañados, le lloró mares y mucho: para un adolescente seis meses se vuelven años.

Luego de ese bache, llegó a su vida el segundo novio, estudiaba economía y era excelente músico. Nunca lo quiso como él lo merecía, él daba la vida por ella. Finalmente, en esto del amor no hay justicia.

Cursaba el último semestre de bachillerato y la condición familiar era endeble. Un amigo le ofreció trabajo. Después de varios exámenes fue elegida en un puesto de alta confianza.

Le tocó trabajar con computadoras que utilizaban una especie de tarjetas perforadas. Entraba muy temprano, salía de su depa como a las 6 de la mañana. Ese día estaba especialmente oscuro, desde la secundaria aprendió a usar el metro, su mamá realmente solo la llevó a la primaria. Al salir de la casa donde vivía miró un carro grande, azul, no recuerda la marca, lo vio porque se le hizo lujoso para una colonia popular. Al cerrar la puerta que daba a la calle sintió que alguien la jalaba con tal fuerza y de manera tan inesperada y en total descuido que la cosa fue bastante fácil: una chavita de 18 años que pesaba 50 kilos no les resultó complicado.

Recuerda esa imagen vivamente, fue como caer en un abismo con un montón de animales que hablaban con insultos. En rea-

lidad eran cuatro hombres los que la estrujaban y penetraron de una manera tal que perdió la noción del tiempo, rompieron su ropa, con la mirada perdida recuerda lo que llevaba puesto: una blusa naranja, un pantalón negro de vestir, un saquito, una cartera. Todo estaba roto, cada vez que se quitaba uno y se encimaba otro limpiaban con papel periódico los rastros de semen del anterior. Sus brazos estaban amoratados, había rasguños, dolor, pero no durante. Creo que tenemos un mecanismo de defensa tan efectivo que su cuerpo se adormeció, se protegió y dejó de sentir. Entonces se vio abandonada en un terreno baldío, no sabía dónde estaba, la echaron como si fuera bolsa de basura. Por fortuna un señor que salía de su casa la ayudó generosamente, la llevó a donde ella vivía. Al tocar y al verla su mamá y hermano en tal estado, fue la locura, él salió y golpeó al primer hombre que vio en la calle. Fueron a hacer la denuncia a la delegación, y no sabe qué fue más doloroso. Ahí la volvieron a violentar, tuvo que relatar todo y cada uno de los insultos, metidas y sacadas de pene; el examen médico fue terrible, el doctor la trató como subhumana, ahí se miró más rota. El alma empezó a doler más que la vejiga destrozada, sentía una culpa que la ahogaba, aunque no sabía bien de qué y soñaba que le salía basura de los ojos, de la boca, no entendía...

Dejo de trabajar por unos cuantos meses. No salía, no veía a nadie, no podía hablar de lo sucedido. Pasó por tres duras y sanadoras terapias y después de un buen tiempo llegó él a su vida. Ahí todo cambió, fue el hombre más tierno, paciente y amoroso, con él aprendió, se reinventó y renació.

Los hombres y las mujeres nos comunicamos por medio de heridas. Esto tiene algo de sagrado, una religiosidad sin dios, un ritual que se nutre de la peste, lo viscoso y el desperdicio.

6

Todo puede ser jodido, sucio, pinche en una sociedad casi confesional. El inconsciente no está ahí, ni es responsabilidad de los padres, ni coartada de los hijos, es nuestro contemporáneo y tenemos que producirlo, fabricarlo.

7

Creo que lo único permanente en esta vida es el cambio... añadiría: y el sabor y el significado en que gravitan esos cambios, en los que germinan pasiones, valores, miradas, amores, perspectivas y energías variopintas. Todo depende de nuestros sabores (existenciales, estéticos, profesionales, etc.), de nuestra manera de significarlo todo para que cambien nuestras pasiones o valores o miradas y amores.

Apenas ahora no es la misma que me relató esto: cambió porque encontró un significado nuevo a sus palabras.

Alguna vez leí que para vivir con más momentos de felicidad y menos en los apachurriones es menester aprovechar o explotar o enriquecerse de nuestras debilidades, de nuestras vulnerabilidades, de nuestros flancos débiles: ello ha de fortalecernos. Ese es el colmo de la paradoja humana: nuestras debilidades, a la postre y encauzadas con sensible inteligencia, han de fortalecernos.

Por

Ella decidió compartirlo porque no bastaba con lamerse las heridas, necesitaba atenderlas, dejar de sentirse y pensarse víctima para hacerse cargo y continuar. Pero sobre todo entendió que la vida no es una competencia de dolores y tragedias.

Contarme esto no fue una perversión, fue solo entregar un pedacito de ella, contestar con ese ser que ha sobrevivido a sus miedos. Hablarlo al fin, fue una urgencia, una angustia, un deseo de que nada vuelva a ser igual.

Solo me queda agradecer, para mi no hay acto más cabrón que atreverse a mirar en el abismo propio y meterse hasta el fondo, no hay milagro más deslumbrante que salir de ahí y volver a mirar tu historia desde otro lugar, otro tiempo.



Ediciones Soy Nako y Que